



El dilema de Claudia Sheinbaum



Por **Luis Rubio**

La presidenta de México, Claudia Sheinbaum, se encuentra atrapada entre tres fuerzas contrapuestas: su predecesor, el presidente Donald Trump, y sus propios instintos ideológicos. Durante un tiempo, pareció capaz de manejar las tres. Pero con el tiempo, cada una comenzó a exigir toda su atención. En lugar de elegir un camino -o idear una estrategia que ampliara sus opciones-, ha seguido hundándose cada vez más en un abismo político sin una salida clara.

Lo que distingue a Sheinbaum en la historia presidencial mexicana moderna es que se ve a sí misma principalmente como una administradora: la responsable del proyecto político de Andrés Manuel López Obrador, más que como la artífice de uno propio. Si bien ha introducido nuevas políticas y modificado aspectos del estilo de gobierno de Morena -siendo la política de seguridad el ejemplo más claro-, ha hecho poco esfuerzo por construir una base política independiente o definir una visión de gobierno que lleve su propia impronta y legado.

Esta peculiaridad ahora tiene graves consecuencias. En primer lugar, su gobierno ya se siente viejo, lastrado por los errores y asuntos pendientes de la administración anterior, en lugar de estar impulsado por una agenda nueva. En segundo lugar, y lo que es más

perjudicial, carece de la flexibilidad política necesaria para afrontar el creciente número de crisis en las que el legado de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) se ha convertido más en un lastre que en una ventaja.

La popularidad de Sheinbaum, aunque todavía relativamente buena para los estándares internacionales, se basa en dos pilares cada vez más frágiles. Primero, su capacidad para comunicarse con la base de Morena, algo que AMLO convirtió en un arte. Sus conferencias de prensa diarias cumplen el objetivo político clave de mantener a la base alineada con el liderazgo. Segundo, y más importante, son las transferencias directas de efectivo a cerca del 45% de las familias mexicanas a través de diversos programas: para ancianos, jóvenes, campesinos, etc., con el criterio de lealtad al partido y al presidente. Cuando la retórica y el conocimiento directo de la gente chocan, como probablemente está ocurriendo en medio de las evidencias de corrupción y una economía estancada, la popularidad del presidente inevitablemente se resiente, como sugieren las encuestas.

Atrapada entre estos factores, Sheinbaum ha mostrado una actitud cada vez más reactiva en lugar de estratégica. Cuando dos funcionarios de la CIA fallecieron en un accidente automovilístico en Chihuahua junto con dos agentes mexicanos, no respon-

dió con empatía ni con talante político. En cambio, aprovechó el suceso para lanzar una ofensiva partidista contra la gobernadora del PAN de Chihuahua, María Eugenia Campos, estado que Morena espera ganar en las elecciones del próximo año.

Luego vinieron las diez acusaciones presentadas por el Departamento de Justicia de Estados Unidos contra el gobernador de Sinaloa, Rubén Rocha, y nueve funcionarios estatales, acusados de conspirar con líderes del Cartel de Sinaloa para introducir narcóticos de contrabando en Estados Unidos a cambio de apoyo político y sobornos. Estas acusaciones ponen en entredicho los supuestos vínculos de Morena con el crimen organizado.

Según las acusaciones, organizaciones criminales desempeñaron un papel decisivo en las elecciones de 2021 al intimidar a algunos votantes y movilizar a otros, ayudando a una organización criminal a asegurar un corredor que se extendía desde la costa del Pacífico hasta la frontera con Estados Unidos con escasa oposición efectiva y bajo la mirada complaciente del gobierno federal. La implicación más amplia es aún más explosiva: que el exgobernador, ahora bajo escrutinio, presuntamente sirvió de intermediario entre el Cartel de Sinaloa y operativos de Morena. (Todos los involucrados niegan haber cometido delito alguno).



Presión creciente

La corrupción ha estado arraigada durante mucho tiempo en el sistema político mexicano, a menudo tolerada como parte de las reglas no escritas de la gobernanza. Pero la colaboración abierta entre un partido gobernante y el crimen organizado -con la aprobación implícita del jefe de gobierno- representaría algo completamente distinto. La insistencia de Sheinbaum en exigir pruebas que respalden las acusaciones podría, en última instancia, generar evidencia que preferiría evitar.

Mientras tanto, Washington ha aumentado progresivamente la presión: más acusaciones, cancelaciones de visas, amenazas de no ratificar el T-MEC y exigencias implacables para que México cumpla íntegramente con el tratado bilateral de extradición. En conjunto, la situación se asemeja cada vez más a un "enfrentamiento político mexicano" en el sentido literal del término.

Inicialmente, Sheinbaum parecía dispuesta a ganar tiempo exigiendo pruebas de las acusaciones contra los funcionarios imputados. Pero tras visitar Palenque, donde reside actualmente López Obrador, regresó con una retórica marcadamente diferente. En lugar de centrarse exclusivamente en las pruebas legales -que el tratado de extradición no exige-, adoptó una postura nacionalista, acu-

sando a Estados Unidos de injerencia, afirmando la superioridad cultural mexicana y envolviéndose en la bandera con un lenguaje cada vez más xenófobo. Al hacerlo, no solo elevó la tensión política, sino que también hizo que cualquier eventual acuerdo resultara más costoso.

Todo esto se desarrolla en el contexto de una economía debilitada, fuertemente dependiente de las exportaciones y las remesas provenientes de Estados Unidos. Los indicadores económicos recientes apuntan a una posible recesión, impulsada en parte por el deterioro del clima de inversión provocado por las decisiones legislativas y regulatorias del gobierno. Sin embargo, para que esto tenga consecuencias duraderas, alguien debe ser capaz de mitigar sus efectos, y no parece haber ninguna oposición a la vista capaz de hacerlo.

Las consecuencias

La situación actual es claramente insostenible. Durante un breve periodo, las tres fuerzas centrales que marcaron la presidencia de Sheinbaum -la influencia de AMLO, la presión de Trump y el deterioro del entorno económico- parecieron estar vagamente alineadas. Sin embargo, cada vez chocan más de frente. Es imposible predecir qué factor cederá primero. Pero una cosa es segura: la

presión sobre Sheinbaum seguirá intensificándose.

La principal preocupación es la economía, donde las señales de una recesión inminente son omnipresentes. El PIB se contrajo un 0,8% en el primer trimestre, una caída mayor que el descenso del 0,5% previsto. A medida que disminuyen los ingresos fiscales, la deuda pública ha aumentado de forma constante, un factor que llevó a Standard & Poor's a revisar la calificación de la deuda del gobierno a negativa. Por lo tanto, con una economía estancada, la presión implacable de Estados Unidos y los intentos del presidente por aprovechar la situación sin ceder nada, el potencial de un enfrentamiento aumenta día a día. Algo tendrá que ceder, y el eslabón más débil, como sugieren las encuestas, es la credibilidad de Morena.

Curiosamente, esto podría brindarle a la presidenta la oportunidad de abordar los problemas estructurales que obstaculizan el crecimiento económico y sentar las bases para una renovación de su propia presidencia, pero nada indica que esto vaya a suceder.

Cuanto más tarde Sheinbaum en reconocer que el statu quo no puede mantenerse, más costoso será el ajuste de cuentas final. La manera en que elija salir de este dilema es crucial, porque la estabilidad política de México podría estar en juego próximamente.

Por Luis Rubio, presidente del grupo de expertos México Evalúa. Escribe una columna semanal en el periódico Reforma y es autor y editor de decenas de libros, entre ellos Unmasked: López Obrador & The End of Make-Believe, publicado por el Wilson Center. Artículo originalmente publicado en Americas Quarterly.